

Mi queridísima y siempre llorosa Josefina: Ayer
 he recibido tu carta alegre y tu mejor carta, porque
 en ella te hallo de mejor carácter que en las otras.
 Únicamente me ha dejado caballos era terrible que
 me dices del traslado de tu padre, ni os toca a vos-
 tros por mala suerte. No quiera Dios que eso sea
 así: no quiero. De todos modos, si sucediere como
 nosotros no queremos, no por eso dejarnos de que-
 rerle menos como tú maliciosamente te figu-
 ras. Si te quiero más desde que estoy aquí en
 Madrid, desde que no te ves, ¿cómo podría
 ser que te olvidara porque te fueras a otro
 lugar? Allí te seguía yo, allí me iba detrás
 de tu sombra, de tus ojos, de tu voz. Es imposible
 que creas las cosas que me dices. ¿Iba yo a con-
 sentir que se encargara de ti la tumba, como
 me escribir trágicamente, como una novia
 de melodrama? No. No. NO. NO y NO.
 No quiero, mi morenica guapa, que pienses
 y digas esas cosas tan tristes. No hago más
 que repetirte en cada carta lo mismo. Y tú
 no haces más que repetírmelas en cada carta
 tristemente. ¿Por qué, mi nena? ¿No ves que te
 perjudicas mucho; que te mortificas por

nada absolutamente. Me hablas de una manera
tan desesperada, que no parece sino que no
nos vamos a ver más; como si me hubieras
perdido para siempre. Lo comprendo, yo sé
por experiencia que es muy doloroso no estar
juntos siempre... Hasta cuenta que te dejé
anoche en la escalera, subiéndote tú, dicién-
dote yo adios desde la puerta grande del
Cuartel y que sólo has parado unas horas
sin verme... Que esta noche me venís. Confor-
mate más, mi ridica mía, que yo luego
lo pongo y lo imposible por conformarme,
y no me conformo, y pienso en ti siem-
pre y estoy deseando verte y oírte y ha-
blarte para que te sosiegues un poco
viendo que no te dejo de querer, que
soy el mismo de antes, que no cambio.

Perdoname, Josefina; te dije en mi
carta anterior que iba hoy. He hecho esfuer-
zos desesperados para cumplirte mi palor-

2
bna que no te ha engañado nunca. Todo ha
sido inútil. No he resuelto aun nada y por tan-
to, tendré que quedarme aquí hasta el martes
que viene. ¡Si tú supieras todo lo que siento
contrariarte de nuevo! ¡Desilusionarte otra vez!
¡Ganas me han dado de montar en el tren
en mi primo, que te daré esta carta y
dejarlo todo abandonado! Pero perdería mi-
chas perlas, las que llevo gastadas y me vol-
vería a Orizuela con las manos vacías, una
sohe otra. Ten un poco de paciencia por
mí, morenita buena. No me culpes de na-
da, que yo no quiero más que el bien y el
conito tuyo y de mis pasches. ¡Si vieras
lo que me acuerdo de nuestras paseos por
la riena! Yo que quería el domingo estar
ya contigo por allí y no poder... ¡qué
rabia!

Esperame para el miércoles que viene,
primer día de Navidad, que pare lo que
pare, he de quedarte contigo al lado!

Sigue queriendome; no te harten de quererme,
que yo no sé hartarme. Piensa en mí, como
yo pienso en tí: lo más felizmente posible.
Juega con tu hermanica Carmen a todo
lo que juegan las niñas buenas y juveniles
como tú; habla con ella de mí y te consolara
bastante. ¡ Mejor que yo lo parara que no
tengo con quien hablar de tí sino es con
migo mismo! Pero me consuelo un poco
viendo a Paco ~~Die~~ que está sin ver a su
novia ya tres meses, y lo menos mes y me-
dio más que se va a parar aquí estu-
diando. El que no se consuelo es porque no
quiero, o porque es un desconsolado.

Perdóname, perdóname, perdóname,
virgencica mía, novia de mi recuerdo, te
repito, si tú crees que he pecado contra
tí. No te marchites el rostro con tristesas
tontas e inútiles. Conservalo alegre y apa-

3 cible, o te pondrás muy fea, muy fea; tú,
y yo no te quiero así.

Contéstame en cuanto puedas y dime
lo que piensas de mí largamente. No te
mueras porque no he ido ya, házme el
favor, nena.

Harto que no me escribas estaré con
el alma en un hilo, queriéndote más
y despidiéndome: adiós, adiós, adiós,
adiós, adiós, adiós, adiós, adiós,
adiós, adiós, adiós, adiós, adiós, adiós,
adiós. ¡ADIOS!

Miguel

que no te olvidará
en la vida



! Adios, Maria, adios!



X